

Mons. Gerardo Philips
Profesor de la
Universidad de Lovaina.

EL ESPIRITU QUE INSPIRA EL CAPITULO VIII DE "LUMEN GENTIUM"

Antes de comenzar la exposición de nuestro tema, debemos hacer una advertencia previa. Con la Constitución "Lumen Gentium" nos encontramos, desde el 21 de noviembre de 1964, ante un *documento de Iglesia*. El texto ya no pertenece, por lo tanto, a los que contribuyeron a su composición, ni siquiera a los Padres que lo votaron, sino a la Iglesia entera que lo ha hecho suyo y que lo propone a todos, teólogos, simples fieles, como expresión oficial de su fe.

Nuestra primera actitud ante la Constitución es pues la de un respeto religioso. No es en primer lugar el aprecio de un trabajo teológico que puede parecernos sólido y digno de atención, pero al que podríamos eventualmente preferir otro texto cuya visión dogmática nos fuera más familiar o simpática. Ante todo tenemos que dejarnos instruir por la enseñanza del magisterio.

Por otra parte este texto solemne, aunque alcanza una cumbre, no pone un término al desarrollo doctrinal. No proclama ninguna nueva definición, como hicieron por ejemplo las Bulas "Ineffabilis" o "Munificentissimus Deus". Al contrario, contiene una invitación explícita a proseguir la reflexión teológica en todas las cuestiones que no han llegado aún a su plena madurez. Pero esta reflexión ulterior deberá tener en cuenta los puntos fijados en nuestro capítulo VIII, so pena de desviarse de la línea recta trazada por el magisterio supremo.

Sería hacer poco honor a la declaración conciliar considerarla únicamente como un punto de llegada y no como la señal de una nueva partida. Pero para que esta marcha hacia adelante sea verdaderamente un progreso, debemos continuar el movimiento lanzado por el Concilio en el mismo espíritu que lo caracteriza. Este *espíritu* es mucho más que cada una de las afirmaciones del capítulo, o incluso que su suma, porque en realidad determina la interpretación que conviene dar a cada una de sus partes, a su encadenamiento y a su estructura de conjunto. La manera de ver, el punto de vista general en que uno se coloca, el ángulo según el cual se enfoca el objetivo, determinarán en gran parte nuestra inteligencia del texto. Debemos acondicionar nuestro espíritu y nuestro corazón a la longitud de onda de la emi-

sión conciliar, si deseamos una recepción clara, sin parásitos ni ruidos de ningún género, sino armoniosa.

En primer lugar el Concilio se inclina ante *el misterio de la fe, bajo cuyo signo* ha organizado toda su enseñanza, y que constituye el corazón y la esencia de la Constitución "de Ecclesia" y toda nuestra vida de creyentes. Este misterio, lo ha captado inmediatamente *en las fuentes* de la revelación, a fin de asegurarse ese perpetuo rejuvenecimiento que garantiza el Espíritu Santo, ya que él mismo es el autor de los Libros Sagrados y el protector y guía de la Tradición apostólica. Es él quien se encarga de conducir el conocimiento doctrinal y vivido que la Iglesia recibe de la Palabra revelada a su *desarrollo* auténtico y quien hará llegar ese mensaje de salvación, a través de su difusión en el tiempo y el espacio, mediante la predicación, el culto y la aplicación moral, a su *término* final, cuando el misterio se hará visión. He aquí las cuatro partes de nuestra presentación del capítulo *De Beata*: el misterio, las fuentes, el desarrollo y el término de la Mariología católica.

I. EL MISTERIO

El misterio es la palabra clave de la Constitución: por ella comienza y por ella termina. La Santísima Trinidad aparece desde la primera página y a su gloria se refiere la frase final. Los exégetas conocen bien esta figura de estilo bíblico que llaman la "inclusión", que da el tono a toda la exposición y proporciona su principal norma de interpretación. Si hubiese necesidad, el título particular del capítulo VIII recuerda, con el sustantivo en singular: "el misterio" único "de Cristo y de la Iglesia" y el lugar que en él ocupa "la bienaventurada Virgen María, Madre de Dios.

a) La noción de misterio no se encuentra tal vez tan universalmente sondeada según su significación bíblica profunda, como se podría suponer o desear. El término es particularmente frecuente en el lenguaje de S. Pablo (1). Para el Apóstol, designa el designio de salvación universal concebido desde antes de todos los tiempos por el Padre, revelado por la encarnación de su Hijo, nacido de la Virgen María, para salvar a los pecadores, y difundido y aplicado a los largo de los siglos por el Espíritu Santo que dirige y anima a la Iglesia. Yo soy, dice S. Pablo, para los judíos y los gentiles, el ministro del "plan providencial de ese *misterio*, que desde toda la eternidad estaba oculto en Dios, para hacer conocer ahora *por medio de la Iglesia*... la sabiduría multiforme de Dios según el designio eterno que ha concebido *en Cristo Jesús*, Nuestro Señor" (Ef. 3, 9 - 11).

El misterio dirige un llamado directo a la fe de los auditores, invitados a acogerlo y a comprometerse en él, con cuerpo y alma, para la vida presente y para la vida futura. Contiene un mensaje dirigido a la inteligencia del creyente, más aun

(1) Cfr. D. Déden, "Le Mystère paulinien", *Eph. Th. Lov.* 13, 1936, pp. 404 - 442. Bornkamm, art. "Mysterion", *Theol. Wörterbuch*, IV, Stuttgart, 1942, pp. 809 - 834. L. Bouyer, "Mysterion", *Vie Spir.* n. 23, 1952, pp. 397 - 412.

un requerimiento de toda su persona, espíritu, corazón y voluntad, para conformar todos sus actos y su misma existencia al don de la revelación cristiana.

Puesto que se trata de la fe, pasamos de golpe más allá de las preparaciones apologéticas y las medidas de defensa racional que empleamos en las controversias con los que vacilan o rehusan el don. La única actitud permitida es la de la aceptación integral, esa receptividad activa de la que el no creyente no tendrá jamás sino una idea muy aproximativa. Creer es decir sí a Dios que se revela, y ejecutar ese sí. Es admitir como verídico todo lo que Dios ha comunicado, tener confianza en su fidelidad para realizar sus promesas; es tener ya en las manos las arras de los bienes futuros (cfr. Hebr. 11, 1), con la condición de obedecer a la luz que se transparenta a través de las sombras que rodean el mensaje. Porque en cierto sentido el misterio no será perpetuo: un día, las sombras se disiparán y el carácter "misterioso" dejará lugar a la plena luz de Dios que se da a nosotros para siempre en la gloria.

Se puede afirmar, por lo tanto, que el misterio consiste en el hecho que Dios, tal cual es, uno y trino, quiere mostrarse Dios - para - nosotros, recibiéndonos en su misericordia, aunque somos pecadores, por su Hijo y su Espíritu, en el seno de la comunidad de todos los llamados que es la Iglesia. La revelación del misterio reviste pues, por la voluntad del Padre, un aspecto esencialmente cristológico y se encuentra bajo la influencia del Espíritu Santo. Este doble carácter unificador nos alcanza en la Iglesia una y universal, comprendida ella también en la dependencia del misterio. Progresivamente vemos a Dios dándose a nosotros, a Cristo con su Madre, al Espíritu trabajando en la comunidad; y la fe mira ese despliegue inscrito en una sola y misma línea, sin poder jamás encerrar esta verdad vivificante en los límites de la pobre inteligencia humana. Esta es feliz sobrepasando sus propias debilidades conceptuales para acoger un rayo de la luz trascendente. La fe, dice Sto. Tomás, es una participación de la ciencia de Dios (2); es una anticipación de la visión beatífica.

b) No hay pues, en realidad, más que *un solo misterio*, pero nuestro entendimiento tiene necesidad de detallar los aspectos y las implicaciones múltiples, y en ese sentido podemos hablar de varios misterios. Para mantenernos en la verdad habrá que comprender: varios misterios parciales que no entregarán su significado sino considerándolos como unidos en su centro y su lugar interior de incandescencia. Nuestro espíritu que, para comprender, forzosamente debe cortar y distinguir y proceder por pisos y etapas, no podría llegar al apaciguamiento sino gracias a una visión sintética, que sin duda sobrepasará todavía su poder de comprensión, pero que manifestará, sin embargo, la coherencia de las partes y la armonía del conjunto.

El fraccionamiento no es pues más que un procedimiento provisorio y se haría intolerable si se mantuviese hasta el fin. Nadie captará como se debe el enunciado de la Trinidad si hace abstracción total de las relaciones del justo con las tres Personas que habitan en él, pues no aprendemos a distinguir las sino gracias a la encarnación del Hijo y al envío del Espíritu Santo. Lo inverso es incluso más verdadero: imposible comprender la afirmación de nuestra divinización sin la doctrina de

(2) Cfr. S. Thomas, *S. Theol.* I - II, q. 110, a. 4.

las misiones divinas. No se puede separar la Cristología de la Soteriología sin comprometer la comprensión exacta de la Persona del Hijo de Dios hecho hombre para salvarnos. Aislar la maternidad divina de María de su papel maternal respecto a nosotros, es disfrazarla. La Eclesiología y la Mariología se unen en la encarnación redentora: tratarlas separadamente es quitarle a una y a otra su luz coherente. La caída original es propuesta por S. Pablo en relación explicativa con la doctrina de la restauración universal en el nuevo Adán. Los fines últimos se encuentran descritos en la Escritura como la perfección de la obra de Cristo Consumador. Los ejemplos podrían multiplicarse largamente: siempre es la unidad la que hace aceptable la multiplicidad ante nuestro espíritu.

Todo es conducido a la única efusión de la sabiduría multiforme de Dios (cfr. Ef. 3, 10). Esta efusión es dinámica, ninguna de las verdades enseñadas es puramente teórica, y todos los elementos de la revelación descubren una estructura funcional, pues la palabra caída de la boca de Dios es siempre productiva: está dotada de una fuerza realizadora tendida hacia nuestra salvación. He ahí el fundamento irrecusable del cristocentrismo, tan caro al pensamiento del Papa Pablo VI.

c) Por lo mismo, la revelación, en cada una de sus partes, lleva un *sello eclesial*: se dirige a la comunidad que suscita y que compromete a su servicio como un instrumento de salvación universal. La Iglesia, como agrupación de los llamados, debe continuar y desplegar en favor de todo el género humano de todos los siglos, la actividad inherente al misterio. Todos aquellos que forman parte de la Iglesia, colocados bajo el imperio de la influencia de Cristo Cabeza, desde el miembro sobreeminente que es la Virgen, pasando por los Apóstoles y los Doctores y los servidores encargados del poder jerárquico, hasta los más humildes fieles, todos obran en cuerpo, e. d., en el Cuerpo de Cristo, para hacer fluir la gracia de la filiación adoptiva sobre los hombres sin distinción. El fin es único, la animación espiritual es siempre la misma, y si las funciones y los carismas se diversifican para la utilidad del cuerpo y según la voluntad del mismo Espíritu, los esfuerzos de todos se reúnen y todos los intereses, así como todos los medios de acción, son solidarios. Todos los creyentes oran en unión con el Interpelador celestial para la gloria del Padre y la bienaventuranza de la sociedad de los elegidos reunida en su plenitud.

Jamás se encontrará, por lo tanto, el misterio fuera de Cristo ni fuera de la Iglesia entendida como su órgano. Porque ella está instituida como el sacramento, medio visible y eficaz, de la reunión de todos en la Ciudad Santa, y aun aquellos que viven más allá de su esfera visible de influencia serán llevados, por caminos que Dios solo conoce, al encuentro final con la familia totalmente constituida, como lo dice "Lumen Gentium", "desde Abel, el justo, hasta el último de los elegidos" (3). Para todos ellos la Virgen María cumple su tarea de Madre de los vivientes, y no habría manera de comprender la amplitud, la organicidad y la eficacia de su misión, si se la imaginara un solo instante manteniéndose a distancia de la comunidad eclesial. También aquí la gran luz vendrá del centro misterioso: Cristo presente en su cuerpo que es la Iglesia. Es en ella, cerca del Hijo, donde encontramos a Aquella que llamamos nuestra Madre amantísima.

(3) "Lumen Gentium" n. 2.

II. LAS FUENTES

No es un lujo sino una necesidad releer periódicamente el consejo propuesto en la encíclica "Humani Generis": la revelación contiene tan numerosos y tan grandes tesoros que jamás será posible agotarla. "Quapropter sacrorum fontium studio sacrae disciplinae semper iuvenescent": "por el estudio de las fuentes sagradas las ciencias sagradas se rejuvenecen sin cesar, mientras que la especulación que descuida llevar más adelante el estudio del depósito revelado, como indica la experiencia, se hace estéril" (4).

Sobre este principio ha basado el Papa Juan XXIII su llamado a la renovación de la Iglesia, tanto en su doctrina como en su vida, pensando sin duda en el aforismo célebre del padre de la teología, S. Ireneo: "El Espíritu Santo es como un bálsamo precioso que rejuvenece incesantemente el vaso que lo contiene" (5). El es quien descendió sobre los Apóstoles para darles la fuerza de llevar el kerigma hasta las extremidades de la tierra. El es también quien ha inspirado a los antiguos profetas y a los hagiógrafos del Nuevo Testamento y que ilumina los ojos de la Iglesia para leer las Escrituras en el sentido que él mismo les ha impreso. La Tradición se proyecta en la Escritura, e inversamente la Escritura está anclada en la Tradición (6). Aquí también vale el principio de la unicidad orgánica que no separa jamás la Palabra escrita ni del testimonio apostólico oral ni de la comunidad eclesial que guarda y explica el depósito de la fe bajo la dirección del magisterio vivo, para hacerla fructificar en el alma de los fieles.

Habrà, pues, movimiento y desarrollo, sea en la revelación misma hasta el término de la edad apostólica, sea en la inteligencia cada vez más penetrante de la revelación llegada a su plenitud. A la historia de los acontecimientos de la salvación seguirá la historia de la reflexión y de la vida eclesial formando cuerpo con la primera para desplegar el realismo de la redención en favor de las generaciones sucesivas.

a) Ya en la fase preparatoria de la economía salvífica se ve dibujarse en filigrana, a través de las hojas de los Libros antiguos, la figura de la Madre del Mesías prometido a los antepasados. Por ahí comienza, en el texto conciliar *De Beata*, lo que se ha podido llamar la "vida de María". ¿Por qué ese largo párrafo que propone en hilera una serie de citas bíblicas? Es cierto que está interrumpido por indicaciones sacadas de la tradición y de la predicación de la Iglesia. No tiene en vista ningún fin polémico, sino que expone con serenidad e intención positiva y pacífica el testimonio inspirado.

Los protestantes, a propósito de la mariología católica, han hablado a veces de "tres Marías", aludiendo al tema iconográfico de las santas mujeres junto a la cruz de Jesús (cfr. Jn. 19, 25). El catolicismo, dicen, se sirve sucesivamente de tres

(4) Pío XII, Enc. "Humani Generis", 12 - VIII, 1950, AAS, 42 (1950), p. 568; *Denz.* n. 2314 (3886).

(5) "Lumen Gentium" n. 4. S. Ireneo, *Adv. Haer.* III, 24, 1; *PG* 7, 966 B; Harvey, 2 p. 131; ed. Sagnard, *Sources Chr.*, p. 398.

(6) Cfr. G. Philips, "Deux tendances dans la théologie contemporaine", *Nouv. Rev. Théol.* 85, (1963), p. 230.

representaciones de la figura de la Virgen: la "madre de Jesús" del Evangelio, simple mujer del pueblo judío, que ha dado a luz al Salvador; en seguida la "Bienaventurada" del tratado *De Beata* de los teólogos, cargada de privilegios deducidos de uno o de varios principios mariológicos a fuerza de sutiles razonamientos, y por fin la "Madona" del culto popular, poderosa protectora, cuya estatua es adornada de flores y luces a manera de un ídolo. Los rasgos de las dos últimas se entremezclan a veces. Estas tres Marías no tienen entre sí más que una apariencia de identidad; la primera ya no se reconoce en las otras dos. En realidad son personas diferentes. La primera es auténtica y concreta; la segunda es una idea abstracta dogmatizada; la tercera es un producto mitológico de la función fabuladora.

Nuestro capítulo no refuta esta teoría, le quita simplemente hasta la apariencia de un fundamento. La disipa al contacto con la realidad.

El Antiguo Testamento debe leerse a la luz de la revelación posterior y completa, tal cual la comprende la comunidad a la cual se dirige. Entre la edad apostólica y el período eclesial, hay que mantener ciertamente una diferencia notable de régimen. Mientras viven y predicán los Apóstoles, pueden agregarse nuevos datos al kerigma, pero una vez constituido el depósito, la función de la Iglesia se reduce a la conservación y explicación del mensaje. En otro ensayo hemos llamado la atención sobre ese cambio que no autoriza en adelante más que un trabajo de explicación siempre en curso mientras la Iglesia medite el misterio (7).

Sin embargo el reconocimiento de la continuidad que existe entre los dos Testamentos ha sensibilizado a los exégetas a las prefiguraciones más o menos transparentes de la Madre del Redentor en los textos antiguos, comenzando por el oráculo profético sobre la enemistad entre la Mujer y su descendencia y la serpiente seductora y su descendencia. La promesa adquiere contornos más acusados con la Virgen del Emmanuel de Isaías, promesa que S. Mateo aplica con todas sus letras a María. "La que debe dar a luz" es mencionada además en Miqueas (5, 2-3). El relato de S. Lucas, tejido de alusiones veterotestamentarias (8), coloca a la Virgen entre los pobres de Yahveh y pone en su boca un canto de gratitud al Señor "que ha puesto sus ojos sobre su humilde sierva" (Lc. 1, 48). Ella aparece al mismo tiempo como la Hija de Sión por excelencia, representante del resto de los elegidos beneficiarios de la promesa. Esos elementos dirigen nuestro pensamiento hacia una "función" reservada a María.

b) Tal vez la importancia concedida al relato *de la Anunciación* sorprenderá a más de un lector. La admiración se disipa cuando se comprueba en la Tradición la Anunciación a María sirve de punto de partida y de apoyo para todos los desarrollos ulteriores de la doctrina mariana. Es en Nazaret más que en el Calvario, donde se ha detenido la reflexión de los antiguos doctores para contemplar a aquella que ha concebido al Salvador en su corazón antes de concebirlo en su seno, a fin de dar la Vida al mundo, como lo expresan en un resumen audaz. A este respecto, la afirma-

(7) Cfr. nuestro artículo "Exégèse scripturaire et théologie dogmatique" que aparecerá en las Actas del IV Congreso Mariológico Internacional de Sto. Domingo, 1965.

(8) Cfr. R. Laurentin, *Structure et théologie de Luc I-II* (Etudes Bibliques), Paris, 1957.

ción de S. Ireneo a propósito de la Nueva Eva, "causa de salvación" es particularmente significativa. La teología no ha debido esperar el s. XX para darse cuenta de los valores y de las funciones *personales* en la economía de la salvación. Ha destacado, primero tanteando, y luego sin vacilación, la santidad eminente de la Virgen que los Padres de la época bizantina describen como la preparación de la nueva creación y del nuevo paraíso. Pero para captar la importancia del simbolismo que les es caro, debemos rehacernos un alma bíblica.

Esa es su manera, especialmente en Oriente, de evocar a la Inmaculada; doctrina de la cual, al cabo de un largo camino, el Magisterio hará un dogma, marcado también éste con un rasgo cristológico y soteriológico. Porque siendo sin pecado, la Virgen no ha conocido ningún retardo en su aceptación total de la Palabra. Virgen, se ha consagrado íntegramente a la persona y la obra de su Hijo. La doctrina de la Inmaculada Concepción se inserta pues oportunamente en el misterio de Cristo, en favor de la actitud de fe y de caridad de María perfectamente obediente a Dios. Un instrumento pasivo podría tal vez ejecutar una operación puramente biológica, jamás podría llevar la carga de un servicio personal con el sello de la libertad. Las citas patrísticas de este párrafo no constituyen una sobrecarga: nos ayudan a comprender los compromisos voluntarios que hacen entrar a una criatura de selección en la realización del plan divino.

c) Pasando al *Evangelio de la Infancia*, lo que nos admira es la mención repetida regularmente de que los creyentes encuentran al Niño Jesús "junto a su Madre". La insistencia sobre esta indicación podría parecer superflua. Lejos de ser banal, es intencional. A S. Lucas le da la ocasión, por boca de Isabel, de declarar bienaventurada a Aquella que ha creído en la gran promesa. Siempre es la fe que sostiene la realización de la salvación. Inútil recurrir a la imaginación para embellecer un relato demasiado deslucido. Estamos frente a la inefable encarnación del Hijo cuya dignidad divina justifica la creencia en la integridad virginal de su Madre. También este dato, para los Padres, es de inspiración cristológica.

Los pastores así como los magos encuentran al niño con María. La profecía de Simeón asocia a la Madre, cuyo corazón será traspasado por la espada, a la pasión de su Hijo. Nuevo llamado a la fe generosa, fuente de luz y de consuelo, a través de las obscuridades que desconciertan a toda inteligencia humana y que espantan a la sensibilidad ante los dolorosos sacrificios. María es criatura humana y es madre. El Evangelista ha notado, sin manifestar ningún embarazo, que la palabra misteriosa del Niño Jesús en el Templo no fue comprendida por sus padres, pero agrega en dos oportunidades que María guardaba todo eso en su corazón y lo meditaba. La sana teología no descuidará ni una ni otra de esas observaciones.

d) *La vida pública de Jesús*, en S. Juan, está encuadrada por el primero de los signos del Mesías y su exaltación en la cruz. Al comienzo y al fin, el discípulo amado introduce en escena, con la apelación "¡Mujer!", demasiado inesperada para ser fortuita, la figura de la Madre en conexión con "la hora" del Hijo. Nueva "inclusión" característica. Otro rasgo que debe mantener el biblista estudioso, que por lo demás no tratará de pasar en silencio las advertencias del Señor, desconcertantes para una piedad mariana mal ilustrada, sobre el sentido verdadero de la maternidad, aquella que acepta y ejecuta la palabra de Dios. La liturgia se ha mostrado más perspicaz:

ella repite, en honor de María, esta grave palabra que exalta el beneficio evangélico por encima de los puros lazos de la carne y de la sangre. María también avanza en la peregrinación de la fe, lo que la acerca singularmente a nosotros acercándola cada vez más a Cristo, jefe de nuestra fe y autor de su perfección (Hebr. 12, 2).

e) El respaldo bíblico del capítulo VIII, como se ve, ha querido ser completo sin ninguna reticencia ni mayoración interpretativa. Queda una última citación de *María en el Cenáculo después de la Ascensión*. La iconografía medioeval hace sentarse a la Virgen en medio de los Apóstoles, el día de Pentecostés, para indicar su sobreeminencia espiritual, no para atribuirle el grado supremo de la jerarquía pastoral o sacramental. La Madre de Jesús, en el relato de los Hechos, es nombrada entre las mujeres y los "hermanos del Señor". Forma parte, con un título único, de la Iglesia orante, antes de entrar en la gloria de su Hijo, ella, la primera, para compartir sin tardanza su victoria real sobre la muerte. La Iglesia no descubre la creencia en la Asunción en la superficie de la letra inspirada, sino que comprende la figura de María, tal como resulta del conjunto del testimonio bíblico, como implicando, ante la conciencia cristiana, esta asociación con el Redentor exaltado.

III. EL DESARROLLO

Mencionando ya, con ocasión del estudio de los fundamentos bíblicos, la Inmaculada Concepción y la Asunción, el capítulo VIII anticipa respecto a la evolución subsecuente de la doctrina.

El *principio del desarrollo* no se aplica únicamente a la mariología, sino a todos los dominios de la dogmática. El ejemplo de la sacramentología es tal vez aun más sorprendente. El desarrollo es el resultado normal de la historicidad en la que se ha comprometido nuestra inteligencia humana, así como nuestra existencia cristiana emerge de la historia de los acontecimientos de salvación. En el fondo de ese doble fenómeno la potencia vital del misterio está en acción según la ley de la continuidad que despliega en la misma dirección su dinamismo intrínseco. Este progreso hay que concebirlo con la exactitud más rigurosa. No se realiza tanto por una prolongación, aunque rectilíneo, como por una intensificación de nuestra facultad perceptiva. La pura prolongación podría alejarnos de las fuentes, mientras que la intensificación de nuestro poder visual nos acerca a ella cada vez más, gracias a una penetración cada vez más íntima del dato.

El trabajo de reflexión no nos hace descubrir verdades nuevas: hace transparentes afirmaciones muy antiguas, gracias a una visión más perspicaz que bajo la corteza percibe el núcleo pleno de savia. Meditación en profundidad de la cual la Virgen de S. Lucas nos da el ejemplo y cuya generosa traducción en la vida práctica aumenta la fecundidad. ¿No es éste el lugar de recordar lo que enseña Sto. Tomás sobre el conocimiento connaturalizante de la fe? La describe bajo diferentes nombres: es la sabiduría experiencial, la visión por adaptación o mejor todavía por asimilación. Es el fruto de la fe amorosa que purifica el ojo de la razón superior. Hace comprender por el interior bajo la iluminación del Espíritu.

Ella se somete sin embargo a la vigilancia del magisterio y a las exigencias de un recto juicio. Pone en acción diversos factores de los cuales ninguno puede ser des-

cuidado, ni la tradición del Oriente y del Occidente, ni la liturgia, ni la oración de los monjes, ni la piedad del pueblo. El conjunto de estos elementos constituye un haz difícil de romper. La continuación del capítulo VIII nos va a detallar *las implicaciones* que interesan a toda la Iglesia.

a) En primer lugar la Virgen es la *Sierva del Señor, el único Mediador*. El famoso texto de S. Pablo, I Tim. 2, 5-6, es introducido, no como una dificultad que hay que resolver, sino como un principio mayor de inteligencia que manifiesta la virtud de esta única mediación. Esta posición lógica es inexpugnable. La influencia salutífera de Cristo se comunica a sus miembros y en particular a su Madre, por una disposición puramente gratuita de Dios. Desde que se ha captado esta "economía", es decir, esta dispensación de la que la Iglesia es el órgano, el fundamento del paralelismo Iglesia - María está colocado. Todo depende y todo brota del Salvador cuya potencia sobreeleva la capacidad receptiva y difusiva de quienes lo acogen. No se interponen en manera alguna entre Cristo y las almas: aseguran al contrario la unión inmediata de los creyentes con su Señor.

b) Ent.e todos, María será su *perfecta auxiliar*, su asociada desde el primer comienzo de su obra que no otro que su entrada en la raza humana, a través de su expansión y hasta su último acabamiento. Madre de Cristo, gracias a su fe, su obediencia y su amor, María, como lo expresa S. Agustín en su célebre texto, "coopera por su caridad al nacimiento en la Iglesia de los fieles que son los miembros de la Cabeza" (9). Se la llamará pues con razón "la Madre de los hombres". El Papa Pablo VI ha explicitado esta apelación proclamando a María "Madre de la Iglesia".

c) La maternidad espiritual es evidentemente una *maternidad de gracia* y por lo tanto una actividad que debe decirse "crística" puesto que no hay otra gracia que la de Cristo. Pero esta actividad no consiste únicamente en el acto pasajero del alumbramiento de Jesús: despliega toda la virtualidad, y como su fuente de caridad no se agota, su eficacia perdura cuando esta caridad es consumada en la Virgen glorificada. En concreto será la multiforme intercesión de María en favor de los hermanos de su Primogénito, sus hijos menores, aún expuestos a todos los peligros de su peregrinación terrestre. De dónde los títulos con que los fieles invocan a su protectora, su auxiliadora, su socorro, su *mediadora*. Sin entrar en las discusiones técnicas que este vocablo acarrea, el Concilio no vacila en emplearlo, poniéndolo al abrigo tanto de las interpretaciones abusivas como de los ataques e indecisiones.

En este punto, como en todos los otros, el Concilio ha preferido la afirmación serena y pacificadora cuyo efecto bienhechor se dejará reconocer cada vez más, gracias sobre todo a la humanidad que ella ha podido realizar más allá de nuestras esperanzas, don infinitamente delicado de su solicitud maternal.

d) El progreso más notable de la mariología contemporánea está consignado oficialmente en el párrafo siguiente consagrado a María, *modelo de la Iglesia*, tema que se encuentra de manera expresa con el tema de toda la Constitución "Lumen Gentium". No podemos extendernos sobre las riquezas de esta tipología cuyo punto de

(9) El texto de S. Agustín es citado en el n. 53. Está tomado de la obra *De S. Virginitate*, 6. PL 40, 399.

partida ha marcado S. Ambrosio. Bástenos subrayar que en este paralelismo la idea de virginidad vuelve a encontrar su dimensión primordial de consagración total a Cristo en una perfecta e indefectible adhesión de fe, de esperanza y de caridad. Pureza que se muestra infinitamente fecunda tanto en la maternidad de la Iglesia como en la de María. Una vez más, el retorno a las fuentes tradicionales rejuvenece y revigora al mismo tiempo la doctrina y la piedad. No estamos en presencia de un misticismo abstruso, admiramos las armonías del misterio revelado. La ecclesiología y la mariología, avanzando juntas se iluminan y refuerzan mutuamente.

IV. EL TERMINO

Si esta teología progresa, es con la condición de mantener abiertas todas las perspectivas.

a) En primer lugar la apertura *pastoral*. Toda la elaboración del Capítulo VIII sería teoría estéril, si los fieles no se dejaran coger por el dinamismo que debe transformar nuestra existencia. La victoria sobre el pecado no está finiquitada y nuestras aspiraciones virtuosas no están aún plenamente cristificadas. El ser mismo de María y la función que ella ejerce en la historia de la salvación reúnen y reflejan todos los rayos de luz que llevan nuestro espíritu y nuestro corazón hacia Cristo. Nuestras virtudes y nuestro ardor apostólico poseen en Ella una expresión perfectamente fiel de nuestro gran modelo, el Hijo, imagen del Padre. El Hijo de Dios, nacido de la Virgen, no es para nosotros simplemente un ejemplo que imitar desde el exterior: El quiere asimilarnos interiorizándonos en su cuerpo. He aquí por qué los Padres afirman desde Orígenes que El quiere nacer y crecer en nuestro corazón. Todo apostolado continúa pues en un sentido real la función que el Espíritu ha confiado de una manera sobreeminente a María, a saber, cooperar en la regeneración espiritual de todos los hombres.

b) En lo que concierne al *culto mariano* no destacaré sino dos rasgos, pero que me parecen fundamentales. La devoción estaría mal inspirada si se imaginara deber multiplicar indefinidamente el número de nuestros ejercicios piadosos. En espiritualidad, la masa y la cantidad no pueden atribuirse el papel principal so pena finalmente de agobiarnos. Lo que importa primordialmente es la *intensificación* de nuestra visión espiritual que no habrá terminado jamás de deslumbrarnos y conmovernos ante el misterio insondable de una criatura llegada a ser la Madre de su Creador. Los orientales no se equivocan cuando ven en su función de Teotokos, la primera y última palabra de su dignidad, que sobrepasa todo lo que nuestro entendimiento y nuestra imaginación podrán detallar. Jamás se le agregará título o privilegio que pueda enriquecerla o que aún de lejos le sean comparables. Es necesario que las derivaciones no nos hagan olvidar la fuente.

La segunda observación es que la intercesión de María no se comprende sino arraigada en la *Comunión de los Santos*, formando corona *en torno a Cristo*. Aquí también el texto del capítulo VIII se muestra sensible al desarrollo histórico, recordando, desde antes del Concilio de Efeso, la difusión de la oración "sub tuum praesidium, Sancta Dei Genitrix", y desplegando la inmensa variedad de las formas

de una veneración "católica" porque infinitamente variada en su unicidad. Todas las generaciones, había proetizado la Virgen, cada una con su genio propio, me llamarán bienaventurada. La uniformidad manifestaría una estrechez de corazón y tendría un efecto empobrecedor. Desde que la ortodoxia se encuentra a salvo, no conviene imponer reservas que obstruyan el amor.

c) La descripción que da nuestro texto del *espíritu de la predicación mariana* es una obra hecha con maestría. Recuerda la sabiduría de los antiguos Concilios sobre el significado del culto de las imágenes. Suplica a los predicadores no turbar a sus auditorios, ni por reticencias ni por temeridades. Nuestros simples fieles, que debemos rodear del más profundo respeto, tienen derecho al pan nutritivo de la verdad auténtica. Cualquier gesto o declaración que pudieran inducir a error deben ser rigurosamente evitados. La misma sabiduría pastoral pondrá en guardia contra el sentimentalismo y la vana credulidad, peligros de ninguna manera ilusorios, excesos a menudo inconcidentes que han causado a la mariología católica un daño difícil de soportar.

d) El último párrafo toca un punto sensible, que no convenía silenciar: la *resonancia ecuménica* de nuestra doctrina y de nuestra piedad marianas. También aquí el tono general está teñido de una esperanza que no cierra los ojos ante las dificultades persistentes. El culto de María, que no es sino un aspecto de nuestra fe en Cristo, será siempre blanco de contradicción ¿No es, en último término, un signo de autenticidad que la Madre deba compartir la suerte dolorosa de su Hijo? Esta oposición nos aflige pero debe ayudarnos a purificar nuestros puntos de vista y a fortificar nuestros sentimientos de humildad, de paciencia y de atención hacia aquellos que aún no han comprendido. No acusamos a nadie, esperamos, tanto más cuanto que el Oriente cristiano se dirige con vigor hacia la Madre de Dios siempre Virgen.

e) Esta esperanza se extiende a las perspectivas finales de la *escatología*. Estamos en marcha por un camino difícil, pero en María vemos ya, para usar la frase de un autor ortodoxo, la primera hipóstasis humana que alcanza en el seno de Dios la perfección gloriosa en vista de la cual la tierra y los cielos fueron creados (10). Si la Virgen es la imagen de la Iglesia que camina entre las sombras de la fe terrestre, lo es también de la comunidad universal de los santos reunida en la visión beatífica.

CONCLUSION

Acabamos de recorrer todos los párrafos del capítulo y si nos fuera necesario deducir una impresión de conjunto, diríamos que su característica principal a nuestros ojos es la de un respeto profundo y lleno de gratitud por el Misterio en su aspecto mariano. No ha buscado la exuberancia del estilo. Es sobrio porque tiene conciencia de encontrarse ante lo inefable. Es positivo sin ser ramplón. Su emoción es voluntariamente contenida, pero se equivocaría quien no sintiera su intensidad y total sinceridad. La exposición no representa ninguna flor artificial; el tema es demasiado grave y comprometedor para nuestra alma. Deliberadamente ha querido seguir

(10) VI. Lossky, *Essai sur la Théologie mystique de l'Orient*. Paris, 1944, p. 190.

el desarrollo del hecho salvífico desde sus fuentes más puras y a través de la historia divino-humana de la comunidad eclesial. Observa la ley de la continuidad viva del mensaje y se preocupa de favorecer una visión unitaria porque el Cristo es único y su palabra es unificadora, y en su santa Iglesia, como decía el Papa Pablo VI, María ocupa después de Cristo el lugar más elevado y (por eso mismo) el más cercano a nosotros (11). Ella coopera a la unificación.

Si queremos hacer participar a la mariología, en sus aspectos doctrinales y en sus resonancias prácticas, en la renovación innegable de la dogmática católica, es preciso que honremos sin reserva su esencia cristocéntrica, su dimensión eclesiológica y su realismo ante la historia de la salvación. La fidelidad a las fuentes permanentes de la fe y de la vida cristianas, en el curso de un progreso autenticado por la existencia del Espíritu y la vigilancia de la jerarquía apostólica, nos enseñará a realizar cada vez mejor en nosotros esa actitud de receptividad ardiente, de fe, de obediencia y de caridad, de la cual la Virgen de la Anunciación, por la gracia de Dios, ha sido constituida modelo perfecto. He aquí, me parece, el espíritu en que conviene leer la declaración conciliar.

(11) "Lumen Gentium", n. 54. Pablo VI, Alocución al Concilio, 4 - XII - 1963; AAS 56 (1964) p. 37.